

Me voy a matar

Las poseídas

Betina González
Tusquets. Barcelona, 2013
184 páginas. 16 euros

Por J. Ernesto Ayala-Dip

NARRATIVA. LA SOLA MENCIÓN del asunto que vertebra *Las poseídas*, la novela con la que Betina González (Buenos Aires, 1972) obtuvo el VIII Premio Tusquets, me remitió a otra novela de similares escenarios. Me refiero a *Ciencias morales*, del también argentino Martín Kohan, que transcurriría en el mítico Colegio Nacional Buenos Aires, en las postrimerías de la feroz dictadura argentina de los setenta. La novela de Betina González transcurre en un colegio de religiosas llamado Santa Clara de Asís, un colegio privado para “niñas bien” de la zona alta de Buenos Aires. Desconozco si esta institución existe o no, pero no me imagino un colegio de religiosas muy distinto del que describe la autora. A diferencia de la novela de Kohan, la de González se sitúa finalizada ya la dictadura.

Las poseídas está narrada desde la voz de una de sus protagonistas, una adolescente de 16 años a la que todo el colegio conoce como López. Por momentos esa



voz se convierte en otra omnisciente, como si así López necesitara desdoblarse para observarse, corregirse o, sencillamente, admirarse. El otro polo de la narración descansa en la auténtica protagonista de la historia, Felisa Wilmer, una chica de indumentaria punk, venida del extranjero y que habla perfectamente inglés. La novela comienza con una confesión de Felisa a López: “Me voy a matar”. Junto a ellas, juega un papel en la trama Marisol Arguibel, una guapa adolescente que se caracteriza por llevar pegados siempre a ella a sus tres hermanos. Con estos elementos sustanciales, Betina González arma una historia de enigmas familiares, de atmósfera por momentos onírica, como si todo se desarrollara entre el sueño (o el ensue-

ño) y la vigilia. Por ello a Juan Gabriel Vásquez, miembro del jurado, le trajo a la memoria *El gran Meaulnes*, de Alain-Fournier. Sin embargo, el peso de la novela cae sobre los secretos, sobre lo que debe saberse y, sobre todo, sobre lo que conviene no saber. La excelencia narrativa de este libro estriba en esta constante oscilación entre lo que sabemos a través de López y lo que ella quiere saber y no puede. O lo que conoce o sospecha demasiado bien.

González reconoce que para escribir esta novela tuvo presente a autores como Nabokov, Onetti y la poeta Pizarnik. A mí la suma psicológica de Marisol, López y Felisa, me dan la Alejandra de *Sobre héroes y tumbas*, de Sábato. Ese mismo aire de decadencia familiar, la estirpe decrepita, la línea de sombra que gravita sobre cada historia que escucha López. Pero González menciona también a la escritora suiza Fleur Jaeggy. No sé si se refiere a una de sus novelas más notables, *El ángel de la guarda*. Jane y Rachel tienen bastante de López y Felisa, solo que la escritura de la suiza, metálica, en nada se parece a la sintaxis a veces voluptuosa (la voluptuosidad de la que se escucha atentamente) y cargada siempre de espesor para los matices más inesperados a que le obligan la psique de sus personajes. En resumen, un placer. ●

La ópera fantasma

Mercedes Roffé
Vaso Roto. Madrid, 2012
154 páginas. 15 euros

POESÍA. LA MÚSICA, la pintura y otras artes han sido siempre susceptibles de ser interpretadas poéticamente. Es decir, traducidas

(más bien cabría decir versionadas) al lenguaje verbal. La historia de la poesía está llena de experiencias de ese carácter. *La ópera fantasma*, de la poeta bonaerense Mercedes Roffé, obra publicada en 2005 en Argentina y ahora editada en España, no es una excepción. Sí lo es, sin embargo, en lo que tiene de voluntad de indagación en los resor-

tes últimos del poema, de viaje de ida y vuelta entre el texto poético y esas disciplinas artísticas. En ella, no elude lo experimental ni huye de las vanguardias pero tampoco desdeña la poesía oral de otras tradiciones (tan presente en sus libros anteriores). Su “ópera” es, esencialmente, poesía de la cultura y reflexión sobre sus diferentes manifes-

taciones. Una poesía que, en la primera parte de este libro, “Aproximaciones a la boca de Rey”, se adentra, ante todo, en el sentido del lenguaje: da vida a los espacios en blanco, juega con las palabras, apunta destellos creacionistas, ensaya definiciones-poema a partir del legado verbal maya (incluye una *plaque* publicada en 2000 en Nueva York) y ahonda en la trastienda de lo visible con la descripción, con una fuerte carga de ironía, de situaciones contadas por un “observador objetivo”: “Alguien habla por teléfono. Otra persona lo/la mira con admiración, embobamiento. La persona habla por teléfono para quien la mira. En el otro lado de la línea no hay nadie”. Es en la segunda parte, la que da título al libro, donde Roffé se sumerge en la creación ajena para extraer de ella (música y



pintura sobre todo) la propia respiración existencial y el sentido más inquietante del lenguaje poético. Es ahí donde el intento de traducción apuntado al principio se hace omnipresente: el verso se adelgaza o ensancha al ritmo de la música (léase Schoenberg: “Rumor / Cobalto / Un pájaro se abre, se repliega / Sondea, tenue, trémulo / algo / se le quiebra”) o recrea el contenido de una pieza pictórica (léase a Maillol: “niña / con sombrero azul // tanto más grande que sus ambiciones”). Con este complejo, ambicioso y atípico libro, Mercedes Roffé consolida la singularidad de su apuesta en el rico panorama de la poesía en castellano de ambos lados del Atlántico. **Manuel Rico**